

Una pieza extraordinaria:

el relicario

de san Pedro y san Pablo

María del Consuelo Maquívar*

Todos los museos del mundo tienen, entre las colecciones que custodian, piezas que sobresalen por su belleza formal o por la historia que encierran. El relicario de san Pedro y san Pablo reúne ambas características, de ahí que sea una de las obras maestras del Museo Nacional del Virreinato. Para entender mejor cuáles son los principales atributos de esta magnífica pieza, se hace necesario recordar, en primer lugar, por qué para la Iglesia católica es tan importante el culto a las reliquias y, en segundo lugar, se comentará algo sobre la historia y las características de esta pieza renacentista que debió salir de las manos de algún platero novohispano.

EL CULTO A LAS RELIQUIAS

A partir del Concilio de Trento (1545-1563), después de las severas críticas de Martín Lutero sobre la venta de las reliquias e indulgencias, la Iglesia católica estableció, como una de sus principales devociones, venerar los restos de los santos. Las razones que la Iglesia tuvo para defender esta práctica religiosa se encuentran expuestas en la última sesión que se llevó a cabo en diciembre de 1563: “Manda el Santo Concilio a todos los obispos y a los demás que tienen cargo de enseñar [...] que instruyan diligentemente a los fieles, en primer lugar acerca de la intercesión de los santos, su invocación, el culto de sus reliquias y el uso legítimo de sus imágenes”.¹

Las reliquias podían ser fragmentos o el cuerpo completo de los santos, así como objetos que les hubieran pertenecido. Especialmente, durante el siglo XVI, los fieles procuraban obtener reliquias de los

mártires sacrificados en los primeros tiempos del cristianismo, ya que estas personas habían defendido sus creencias hasta la muerte. Estos restos se depositaban en recipientes de muy diversos tipos; entre ellos destacan las urnas que contenían el cuerpo completo del santo, las cajas con forma de brazos y cabezas para contener estos segmentos, así como los ostensorios-relicarios, que sólo guardaban pequeñas partículas de huesos. Cabe añadir que casi siempre se procuró que estos objetos se hicieran en plata, o plata dorada, a la que se añadían piedras preciosas.²

RECEPCIÓN DE LAS RELIQUIAS EN LA CAPITAL NOVOHISPANA

La Compañía de Jesús, fundada por san Ignacio de Loyola (1491-1556), quien se caracterizó por ser un gran defensor de los principios fundamentales de la Iglesia, exhortó a sus seguidores para que conservaran y difundieran esta devoción. La orden arribó a la capital de Nueva España en 1572, y de inmediato tuvo el apoyo de personas piadosas para la edificación de sus colegios; uno de ellos fue don Alonso de Villaseca, que costeó también el relicario tratado en este artículo.

Al poco tiempo de su llegada a México, los jesuitas solicitaron al papa Gregorio XIII el envío de reliquias para santificar, a través de éstas, sus colegios y templos. Así recibieron una cuantiosa remesa de estos “preciados tesoros” para el Colegio Máximo de san Pedro y san Pablo, entre las que venía una porción ósea de este último, el llamado “apóstol de los gentiles”, decapitado en Roma aproximadamente treinta años después de Jesucristo.



Fotografía Dolores Dahlhaus

Los padres pensaron que este acontecimiento debía celebrarse en público, ya que en realidad era una gran oportunidad para hacer patente, ante las autoridades civiles y eclesiásticas, así como de la población en general, el privilegio de haber sido favorecidos directamente por el sumo pontífice con la donación de estas reliquias.

El padre Pedro Morales, testigo de los acontecimientos, narra que las fiestas públicas, en noviembre de 1578, duraron ocho días. Organizaron misas y procesiones, para lo cual se levantaron arcos triunfales de flores, y los estudiantes de los colegios jesuitas representaron la obra "La tragedia del triunfo de los santos". Invitaron al virrey, a la Audiencia y a la Inquisición; también participaron los religiosos y clérigos que ya se encontraban en el territorio novohispano y, desde luego, convocaron a la población para que se uniera a estos días de regocijo espiritual.

Cabe destacar que los indios principales participaron en la procesión: "Más de doscientas andas de indios doradas, con diferentes sanctos de sus parrochias y advocaciones llevando delante sus cruces, pendones, gallardetes y adorno de plumería".³ Asimismo, el cronista refiere que una de las inscripciones de los emblemas que ornamentaban el patio del Colegio Máximo consistía en un alemán que despreciaba las reliquias, en clara alusión al protestantismo de Martín Lutero, en tanto que también se figuraba a un indio que las reverenciaba.

EL RELICARIO DE SAN PEDRO Y SAN PABLO

Por lo que apunta el cronista, el relicario que participó en estas fiestas fue distinto al que conocemos, y sólo contenía la reliquia de san Pedro. De tal suerte, puede pensarse que una vez obtenidos los preciados segmentos óseos de ambos apóstoles, se mandó ejecutar la pieza en custodia del Museo Nacional del Virreinato.

Este relicario debió de ser uno de los más valiosos para los jesuitas que habitaron el Colegio Máximo, donde permaneció hasta la expulsión de la Compañía de Jesús, en 1767. A partir de ese momento, muchos de los objetos de los recintos jesuitas fueron depositados en la Catedral de México, al igual que los rescatados de otras dependencias religiosas que se clausuraron años después. Algunos de estos

objetos se exhibieron en el pequeño Museo de Arte Religioso de la Catedral, hasta que se inauguró el Museo Nacional del Virreinato. El relicario de san Pedro y san Pablo formaba parte de las mencionadas colecciones, por lo que, desde 1964, ha sido custodiado en Tepetztlán como una de sus piezas más significativas.

La obra está conformada por tres secciones con sus respectivos estuches, de los cuales sólo están ocupados dos de los superiores, con las reliquias de san Pedro y san Pablo, según se lee en las inscripciones de enfrente. En la parte trasera de ambos se lee "Alonso de Villaseca", nombre del generoso donante que tanto apoyó a la Compañía de Jesús y que debió de costear el relicario.

Fue elaborado a finales del siglo xvi. Prueba de esto son las bellas columnillas platerescas que lo ornamentan. Está realizado en plata sobredorada, repujada y cincelada, con partes fundidas e incrustaciones de piedras preciosas. En él se observan ciertas marcas, como la "M" de México, pero no se han identificado las del autor, aunque ha sido atribuido por algunos especialistas al maestro Juan de Torres.⁴

Resulta por demás curioso que este preciado objeto, que tanto significó para los padres de la Compañía de Jesús, retornara por una afortunada casualidad a una antigua fundación jesuita: el Colegio de San Francisco Javier, hoy sede del Museo Nacional del Virreinato. ✂

*DIRECCIÓN DE ESTUDIOS HISTÓRICOS-INAH

Notas

- ¹ Enrique Denzinger, *El magisterio de la Iglesia*, Herder, Barcelona, 1963, pág. 278.
- ² Gabriela Sánchez Reyes, "Relicarios novohispanos a través de una muestra de los siglos xvi al xviii", tesis de maestría en historia del arte, UNAM, México, 2004.
- ³ Beatriz Mariscal Hay, *Carta del padre Pedro Morales*, El Colegio de México, México, 2000, pág. xxi.
- ⁴ Para mayor información sobre esta pieza, consúltese el catálogo *Platería novohispana. Museo Nacional del Virreinato*, Asociación de Amigos del Museo-INAH, México, 1999, pág. 43.

